**Las zonas frías del Sol**

Eugenio Asensio

**Las zonas frías del sol**

*─Todos los acontecimientos están encadenados en el mejor de los mundos posibles; porque (ve aquí la razón) si no te hubieran echado a puntillones del más hermoso de los castillos por aquel ósculo que diste a la señorita Cunegunda; si no te hubiera cogido la Inquisición; si no te hubiera fustigado después; si no hubieras viajado a pie por América; si no hubieras perdido los carneros que sacaste de aquel bienaventurado país, no regarías ahora las coles, ni comerías espárragos y alcachofas, ni las venderías en la ciudad de Constantinopla.*

Cándido, *de Voltaire*.

*El Cónsul se sintió angustiado. ¡Ah, qué daría por tener un caballo y galopar, cantando, lejos, quizá para ir a ver al ser amado, para llegar al corazón de la sencillez y la paz del mundo! ¿Acaso no era eso como la oportunidad que depara al hombre la vida misma? Claro que no. Sin embargo, sólo por un momento así le pareció.*

Bajo el volcán, *de Malcom Lowry*.

**─ 1 ─**

**La espera**

Hace tres días que no tengo una erección, lo cual me ha transportado hasta un tipo, recepcionista de hotel, que contaba en televisión sus muchas experiencias sexuales. Hablaba sobre todo de las mujeres nórdicas, por supuesto, de entre ellas destacaba a las suecas. Aquel era algo así como el último espécimen de aquel macho hispánico instalado en su hábitat natural, es decir, en cierto hotelucho de la Costa Brava. Narraba anécdotas como la referente a la llegada de un autocar repleto de suecas, que cuando entraron al hotel lo vieron y lo desnudaron. Él seguía con más historias, como aquella otra que se centraba en el idilio que mantuvo con una alemana, mujer entrada en cierta edad, y con la hija de esta. Contó que todo acabó cuando ellas descubrieron que se entendían con la misma persona. Dijo el entrevistado que mientras ellas se despellejaban aprovechó para salir de la habitación y no volver con ninguna de las dos; claro, pensé, teniendo un autocar de suecas al acecho, qué importaba una madre y una hija alemanas.

A nuestro hotel jamás llegó ninguna sueca, o si llegó, como nunca desnudó al Cabezón, no nos enteramos de que fuera sueca. El Cabezón, o bien, el señor Mena, es el recepcionista de más antigüedad y quien está preparando el salto de Andrés, de jefe de botones a recepcionista auxiliar o a auxiliar de recepción, que por lo que ellos dicen, debe de ser lo mismo. No es necesario apuntar que al señor Mena el mote le cayó por razones obvias, pero apuntándolo es la mejor forma de incidir en la más destacada de sus características.

En el hotel, tener un mote puede traer serias consecuencias, quizá no tanto para el Cabezón como para los botones, porque quienes lo llamamos así somos sus inferiores; o sea, que sus aspiraciones en el hotel no dependen de nosotros. En cambio, entre los botones, difícilmente podrá no ser nefasto; primero, la vejación del motejado mientras padece el sobrenombre por sus iguales, y después, como efecto contrario, cuando la persona tildada alcance un puesto superior, siempre caerá sobre los demás (ahora inferiores) la venganza del anteriormente humillado. Esas circunstancias las sufriremos con el Ratón si algún día, cuando sea recepcionista, descubre o sospecha que lo llamamos como él sabe que lo llamamos. De cualquier modo, lo principal es que a todos nos conozcan nada más que por nuestro nombre. Yo me llamo Roberto, y hasta hoy creo que nadie ha sustituido mi nombre por ningún apodo. El día que eso suceda será porque algo se me habrá ido de las manos, quizá un proceder inesperado, una respuesta poco meditada. Aun existiendo la posibilidad posterior de venganza, siempre significará estar ahí con una cruz en la frente cayendo y en picado por el agujero de algo a lo que de momento no le he puesto nombre.

El personal del Hotel Manila no solo puede clasificarse en esos dos grupos: los que arrastran un sobrenombre y los que todavía no arrastramos nada, hay pues un tercer tipo, que lo forman aquellos que están en vías de ser motejados, aquellos que empiezan a sobresalir con demasiada frecuencia, pero que todavía no han recibido el nuevo bautismo porque no ha habido un acuerdo tácito, por parte de los padrinos, sobre la elección del mote. Entre los que con toda certeza visitarán en breve el baptisterio destaca Pedro.

En cuanto a los motejados sobresale el Ratón. Para nosotros, los botones, resulta difícil imaginárnoslo detrás del mostrador, es decir, en una categoría laboral que no sea la nuestra. Incluso es difícil verlo vestido de otro color que no sea el rojo, y por supuesto, con los entorchados dorados. No es que Andrés venga desde su casa engalanado con su traje de botones, y que salga con él cuando acaba su jornada. Qué va. Lo que pasa es que mejor sería que así fuera, pues el Ratón es de un exquisito por el que nadie con sentido común debería fiarse para que le eligiese ni la ropa ni nada. El Ratón no es que sea extremado o que sus gustos se ajusten a una línea o a otra, lo que pasa es que el Ratón es de modas cruzadas, como todo en él; sin embargo, una candidez insospechada, más que una presunción, le impide ubicarse en el mismo espacio que los demás, en las mismas coordenadas que este hotel de lujo al que podría abrírsele una fisura justo de sus mismas medidas.

En otro tiempo, por lo que se cuenta, el Cabezón estuvo liado con una francesa que se albergó aquí en unas nada blancas Navidades. Eso es algo que ha pasado a los anales del hotel. Hubo amor pasional, llegada inesperada del novio de la francesa, carreras, lío de puertas como en el teatro y si te he visto no me acuerdo. La francesa y el francés se marcharon y para los de aquí todo siguió como estaba. En este hotel no se liga, no se parece en nada al que describía el tipo de la tele, y que nadie se emperre defendiendo lo contrario; tal vez por eso tiene tanto éxito el negocio del Ratón y el señor Mena.

El mismo verano que acabé y aprobé el primer curso de Filosofía, entré en el Hotel Manila, en el que trabajo desde hace más de dos años. El recuerdo de aquel verano me es grato, pero no solo ese recuerdo, también el cambio que yo había provocado en mi vida; o sea, que se cerraba un período y se abría, con mi dedicación al trabajo, otro mucho más esperanzador. En aquel mismo momento me pareció interesante, tanto que decidí no matricularme en la universidad. Desde entonces, mi única actividad intelectual, si puede llamarse así, es devorar novelas, y cuando me empacho de ellas, no leo nada durante meses. Me exasperan y acaban aburriéndome los personajes que pretenden mostrarse como un modelo de conducta y convertirse en el anhelado espejo del lector; y no digamos nada de los que se regodean en el frívolo detritus del llamado realismo sucio (decía un amigo que el realismo sucio es convivir con dos abuelas), o los que se deshacen por no cruzar sus vidas con elementos como el televisor o el teléfono móvil. En cuanto a la filosofía, nunca más he vuelto a tocar ningún texto, ni pienso hacerlo, con un año tuve suficiente para reconocer que me había equivocado en mi elección; bueno, me había equivocado en las notas de acceso a la universidad, pues Filosofía era de lo poquito que podía elegir.

Mis reflexiones se han vuelto más pragmáticas. Estas me dicen que mi futuro, aun descartadas las posibilidades de ligar, siguen estando aquí, en el Hotel Manila. Creo que muy pronto me pasarán a alguna sección de mayor reconocimiento. Estoy convencido de ello porque no tengo competencia entre mis compañeros. Todos los que por su edad pudieran aspirar a ocupar un lugar mejor en el hotel son auténticos palurdos y no pueden desarrollar otra función que la de cargar maletas y esperar propinas. El caso de Andrés, el Ratón, es diferente, no es que sea menos palurdo que los demás, lo que sucede es que cayó en gracia al señor Mena, y el Cabezón aquí tiene mucha mano.

A veces pienso que Andrés, el Ratón, aun siendo incapaz de ordenar coherentemente dos pensamientos, está dotado de una habilidad instintiva para conocer el mundo a través de barruntos que él, por una extraña transmisión, ha recibido como herencia primitiva, bien diferente al resto de los humanos, a pesar de los refinamientos de nuestra civilización. ¿Será por su cándida intuición por lo que se ha ganado el aprecio del señor Mena? Al Ratón no le pesa el cuerpo, la herencia recibida a través de miles de años lo empuja con fuerza hacia sus objetivos, pero algo de asombro se le derrama en la mirada. Quiero pensar que yo soy mejor; debo pensarlo, pero a pesar de mi acto de soberbia me cuesta creerlo. ¿Qué pensará él?, y ¿qué barruntará el Ratón del público al que sirve?; y bien, ¿qué pensarán los huéspedes de él? En todos los oficios en los que se supone cierto servilismo, en el intercambio estipendio por trabajo, quien paga, parece que compra el derecho a limitarnos la existencia a unos actos insignificantes: retirar el plato con los restos de la comida, esconder una mirada de complicidad a quien guardará en la maleta las toallas del baño, mantener una sonrisa ante el crimen cometido por el niño sobre el mantel, abrir los parasoles en la terraza… Me es inevitable pensar que el huésped nos limita la vida a una suma de actos muchas veces banales, que como tales, flotan sin ahondar en la materia de lo que llamamos vida. También me pregunto si algún cliente del hotel, pasado un tiempo de su hospedaje, si me encontrara en otro lugar que no fuera este hotel, me reconocería. Creo que yo sería tan anónimo para el huésped como lo era para mis profesores de universidad. En el breve tiempo que mi imagen pudo rondar por la memoria de quienes pasaron por el hotel ¿me permitieron estos dar el salto hacia fuera o se me encerró para siempre en la cotidiana y efímera actividad del sirviente? Esas preguntas me inquietan, me aguijonean hasta crearme la necesidad de formularlas delante de todos y cada uno de los huéspedes, y el no hacerlo (como así sucede) significa ponerme una mordaza, significa que se me inflige el castigo como a criatura inferior que debo ser, y eso me jode. Si por el contrario, traslado esta inquietud a los huéspedes, es decir, que sean ellos los que crean que su existencia queda limitada a actos cotidianos (a veces ridículos por lo grandilocuentes) apresados en la retina de los botones, lejos de satisfacerme me crea angustia y miedo; porque es como si pretendiendo escapar de una condición, creyendo haber dado el salto por encima de los límites de mi actividad, se me abriesen los ojos para ver que en verdad no me hubiera movido de esta misma baldosa del hotel, que ahora piso; como si la imagen real y la imagen reflejada en el espejo negaran la complementariedad, quedando solo la ilusión de ser reflejada, y eso también me jode. Pero trabajar en el hotel, además de crearme en ocasiones desasosiego, también significa tener el mundo acotado, bien estructurado, creyendo (o jugando a creer) conocer el lugar que ocupa cada cual. Y aunque mi condición no es de las envidiadas, saber dónde me encuentro compensa mis tribulaciones.

**─2 ─**

**Raquel Plus**

La llegada de Raquel Plus nos fue anunciada con un par de meses de antelación. El recepcionista se lo había comunicado a Andrés, y Andrés no tardó en decírnoslo. Cuando nos informaba, no podía desdibujar la sonrisa que anticipaba la satisfacción por el logro de unas ganancias que por supuesto nadie dudaba que iba a conseguir. Andrés aprovechó para contárnoslo en el vestuario durante un cambio de turno, cuando coincidíamos los botones del día con el relevo de la noche.

En estos casi tres años, siendo como soy botones del Hotel Manila, he visto entrar a personajes conocidos, desde actores a políticos, pasando por algún representante de la realeza más rancia de Europa, pero el saber que íbamos a tener aquí a Raquel Plus me subía el pálpito a la garganta y me sonrojaba como si hubiera sido sorprendido en algún acto obsceno.

Si bien, como ya he dicho arriba, cuando Andrés no estaba lo llamábamos el Ratón y que nadie se atrevería a utilizar el mote en su presencia, debo añadir, entre otros motivos, por temor a que él no contase con el valiente en las futuras apariciones; aun así, recuerdo una ocasión en la que el Lobo le espetó en la cara el mote y Andrés se amilanó tanto como habíamos soñado verlo algún día; porque los demás jamás nos hemos atrevido a llevar esa apetencia adelante. Tampoco sé quién fue el primero que lo llamó Ratón, pero como suele ser, no resultó demasiado ingenioso.

Raquel Plus es aquella cantante que combina en su melena el tintado a dos colores. Es alta, y suele aparecer en televisión con el pelo recogido en una cola levantada, realzándosele esa expresión tremendamente limpia. Su cuerpo luce el misterio inabarcable de la piedra en la que la genialidad esculpió las estatuas clásicas, el mismo misterio por el que yo me puedo poner cursi si hablo de ella; y de su voz diría que tiene la misma fuerza y el mismo impacto que su cuerpo. Si pudiese caminar hacia ella sin que nada me retuviese, dejando salir mis apetencias, la mordería, y a mis bocados se iría convirtiendo en un manjar de repostería carnal, para que yo no dejara nada de ella.

─A ver si somos capaces de organizarnos mejor ─dijo Andrés ya más en su papel de futuro recepcionista que de jefe de botones.

─Tú tienes que pensar más en los de mi turno ─comentaba Jorge, un botones que suele trabajar por la noche, excepto los fines de semana, que es cuando nos turnamos los del resto de la sección.

De cualquier modo, Andrés mantenía sin esfuerzo su sonrisa de roedor. Si en verdad alguien se había sentido como Jorge, era porque a Andrés le interesaba. Era la forma, infalible, para crear el ansia y mantener un interés que podría entibiarse con las apariciones frecuentes.

─Que sí, que a veces yo también me he quedado fuera y no tengo el turno de noche ─aulló el Lobo.

─Y esta vez, ¿cuánto nos vas a clavar? ─quiso saber Pedro.

─¿Cuánto pagaste por la Sussy aquella?

─Por Sussy Boom ─aclaré.

─Veinte euros ─contestó Pedro.

─¿Y por la princesita rusa? ─siguió todavía preguntando el jefe de botones.

─No era rusa –aclaré.

─Por la princesita rusa o lo que fuera pagamos treinta euros –informó el Lobo.

No era rusa, aunque por lo visto se trataba de la hipotética heredera de una hipotética corona (paradójicamente) de una república del Este europeo, por lo que en realidad tampoco era princesa. Sin embargo, para nosotros, llevados por un espontáneo sentido monárquico y restaurador de antiguas jerarquías, era la princesita rusa. La familia fue hospedada en principalísimas habitaciones de la misma planta; no obstante, como suele suceder en el Hotel Manila, a la princesita la alojaron en la suite que linda con el trastero. La joven, casi una niña, para la felicidad de los botones, se pasó esa semana en la que vivió con nosotros, prácticamente sin salir de la habitación. Fotógrafos y reporteros que entorpecían el paso por el vestíbulo tuvieron que soportar más de una regañina del recepcionista de turno, mientras la desesperación de ellos aumentaba con los días. Por lo visto, la princesita rusa, en los últimos meses, aparecía en todas las listas de candidatas a ser la real compañera de más de un príncipe casadero.

Una vez consensuada la distribución de la llave del trastero, y habiéndose llegado ya al tercer día, fue Pedro quien dijo al devolver la llave, que sus principescas caderas eran más anchas de lo que se diría al contemplar la dulzura de la expresión de la joven. Por mi parte, puedo decir que al ubicarme de nuevo en el día en el que me correspondió tener la llave, vuelvo a revivir la imagen de esa suite (incluso para mí, que como botones que soy conozco todas las sinuosas perspectivas de esa alcoba), que se me figuró en aquel momento como una casita de muñecas habitada por una princesita de mofletes rosados que se movía en el secreto de su intimidad como buscando refugio entre los decorados que le proporcionaba el hotel.

Se oyeron entre los botones muchos comentarios más, que sin duda eran consecuencia de su entusiasmo. Todo era deleite y satisfacción en los compañeros, que con la vista regalada, de poder, hubieran registrado esas imágenes que significarían una fortuna fácil para cualesquiera de nosotros; posibilidad que jamás se descarta, que se deja ahí para cualquier día en el que la cochambre meníngea nos resulte menos confortable.

─Pues con la Plus ha subido a cincuenta; el que quiera que lo coja y el que no, que se abra.

Mis compañeros callaban. Yo esperaba que alguien se enfrentara, que le dijera que aquello era un abuso; sin embargo, callaban porque la intención del Ratón era, como siempre, definitiva.

─Y ¿cuántas veces? ─me adelanté al pensamiento de algún botones.

─Cuántas van a ser, pues una –aclaró el jefe de la sección.

─Te pasas un montón ─decía Pedro─. Te vas a sacar una pasta, ¿no?

─Y si me pillan voy a comer hostias.

Andrés sabía que todos aceptarían el precio que a él se le antojara. Yo, por supuesto, a regañadientes también lo aceptaría, mostraría mi expresión más contrariada, pero Andrés y yo sabíamos que pagaría siempre más por Raquel Plus que por cualquier famosa que pudiera venir; aunque la verdad, como esta, habían sido pocas.

Sí, claro que el precio era alto, pero en mi caso yo debía disimular mi contento: tenía sus dos discos, había asistido a los tres conciertos que se habían celebrado en Barcelona y mis comentarios sobre la belleza de la cantante solían ser frecuentes, ¿cómo no iba a aceptar las condiciones del Ratón?

Matías y Santiago callaban, extendían sus rostros inexpresivos en muestra de total aceptación de las condiciones de Andrés. Para cada aparición suele haber alguien que calla, que no se muestra contrariado por el precio que impone el Ratón; es más, con su silencio, ese alguien defiende la actitud de aquel, así se muestra agradecido por lo recibido o por lo que espera recibir. Son las concesiones del jefe de botones: la entrada gratuita al espectáculo, y claro, la complacencia, en estos casos, se advierte en el silencio.

Me preguntaba si mis compañeros habrían percibido algún signo en mí que delatase un temblor contenido al recibir la noticia. Puedo asegurar que en ninguno de ellos observé nada por lo que yo pudiera interpretar el reflejo de mi emoción. Temía, sin embargo, que a través de mi respiración, de mi mirada o, tal vez, a través de mis parpadeos nerviosos, sobre todo el Ratón hubiera podido leer lo que de verdad me interesaba Raquel Plus. Saber que ella iba a venir a nuestro hotel me producía cierta efervescencia, que no es más que una ramificación más de las muchas en las que me transformo en mi propia caricatura; pero a pesar de ello, esa manifestación afectada en la que me regocijo deleitosamente, al contrario de otras, pretendo conservar.

La Plus es también mi proyecto de pasado. Soy consciente de la paradoja. Una vez ella se me haya aparecido, los actos que me definen, que me explican a mí mismo mis facetas enterradas, si hubo momentos ridículos, vergonzosos o excelentes en mis días, todos convergerán con su proyecto de pasado aquí, en el Hotel Manila. La concatenación de hechos habrá ayudado (si no provocado) a que Raquel Plus llegase hasta aquí. Será como el triunfo de un atleta, cuya medalla confirma lo acertado de su proyecto de pasado. A veces, cuando logro una pequeña meta que me había propuesto, me gusta subirme a ella y reparar en las paredes escarpadas que hube de escalar hasta la cumbre. Esa es mi memoria oxidada. Otros pueden sentir la emoción vertiginosa del proyecto de pasado al tener un hijo, al acabar la carrera o aprobar unas oposiciones, yo lo tendré cuando desde el trastero de la quinta planta sea el único testigo de la aparición de la Plus.

Mi proyecto de pasado corregirá al fin los prejuicios que me llevan a avergonzarme de ciertos actos. Quizá, de todos los momentos que quisiera resarcir con el logro tan sagrado como la aparición de Raquel Plus, destaque mi vegetativa pasividad. Mi delicuescencia ante los abusos que del Ratón nos esperan sería una muestra. Mi silencio y mi pasividad me recuerdan a los lepismas. El lepisma es un insecto que pudiera caracterizarse por su inmovilidad, que parece observar aunque quizá no vea nada. Como el lepisma, me voy recubriendo de polvo sin ningún propósito de cambio. El lepisma, creo que como yo, tiene algo de animal disecado y arrinconado por propia voluntad. Al lepisma también se le llama pececillo de plata y hay quien dice que sube por los sumideros, recorre los lavabos y bañeras hasta encontrar el confort en los rincones o detrás de una cortina. Desde su panza plateada, el polvo y el silencio los engorda y los anima a alimentar la ilusión de confundir inmovilidad con invisibilidad.

Hay en mi informe, en mi expediente vital, horas incontables de sopor ante la frenética cadencia que marcaba el rumbo de tantos momentos acallados sin necesidad; sin embargo, y sin hacer nada por evitarlo, a mí se me anunciaban como un error, una mentira pendiente que debía colgarme de la presilla del pantalón para no olvidármela.

─Estará cinco días –añadía el Ratón─, si nos lo montamos bien, nadie se quedará fuera –Andrés encendió un cigarrillo, nos miró callado, expulsó el humo y continuó. Hay que entrar y salir sin llamar la atención, y sobre todo, sin hacer ruido.

**─ 3 ─**

**Reconocimiento**

Al poco de la última reunión que mantuvimos en el vestuario con el Ratón, supe con exactitud el porqué del silencio de Matías y Santiago cuando nos hablaba de la llegada de la Plus. En nuestro hotel, la palabra botones es una caja donde entran diferentes acepciones. Yo, aunque botones, puedo realizar las funciones de camarero, y por ello servir las mesas en el comedor, o recoger las bandejas que dejan los huéspedes delante de sus puertas. No es tampoco extraño vernos vestidos con el mono azul acompañando al técnico de mantenimiento, o de blanco, sustituyendo al pinche de cocina. El Cabezón dice que para ser botones en el Hotel Manila hay que valer, que no basta con abrir la mano ante los huéspedes, porque el ser servicial no debe limitarse a esperar una recompensa. Él, cuando nos alecciona, cierra los ojos y nos dispara con palabras como *presteza* y *diligencia*.

El señor Mena, en uno de sus momentos expeditivos me envió a anotar la fecha de revisión de los extintores del hotel, pues por lo visto había un desacuerdo entre él y el representante de la empresa que los inspecciona, y como yo andaba en esos momentos por el vestíbulo presenciando la discusión, el recepcionista, sin buscar previamente al encargado del mantenimiento, me encomendó a mí que lo comprobara, a lo que yo accedí con la presteza y la diligencia que predica el Cabezón. Me proveí de un bolígrafo y un pequeño bloc de notas y fui a apuntar la fecha que se mostraba en cada uno de los extintores.

Subí en ascensor hasta la última planta, es decir, hasta la quinta, pues este hotel, a pesar de distinguirse con cinco estrellas, estas no tocan el firmamento. Pensé que la mejor forma de realizar el encargo de la cabeza pensante del hotel sería la de empezar desde lo más alto e ir descendiendo hasta recepción. Justo al salir del ascensor, en la quinta planta, descubrí que, con sigilo, Matías cerraba la puerta del trastero, se apoyaba después en ella, miraba a derecha y a izquierda (me veía) y entonces exhalaba un soplido, sucedáneo del humo, largo y, por la expresión de mi compañero, perezoso. Comprendí qué había sucedido, ahora y el día de la información en el vestuario. Acabé las anotaciones que me pidió el recepcionista y acudí donde se reúnen los agradecidos para rendir vasallaje al Ratón, a la cocina.

El marido, que si entra, que si sale, que si se sienta, que si la cisterna. ¡Qué tío más presumido! (Matías).

Sale de la ducha y se queda mirándose en el espejo; pensé: ya está, ya me ha visto por el reflejo (Santiago).

En la cocina también estaba el Ratón, pero no hablaba. Eran Matías y Santiago quienes conversaban, los que interpretaban el canto de agradecimiento para un espectador, para Andrés, quien sonreía satisfecho desde otra esfera.

Yo, en la cocina, tampoco hablé con nadie, es parte del juego. Me preparé un café con leche, mordisqueé un bollo y miré por el ventanuco que da al patio de luces.

Desde el espejo se ve la rejilla, y a ti, en el trastero, te parece que cuando se miran al espejo con atención, te estén mirando (Matías).

El Ratón en estos casos no interviene, el Ratón cogió de una bandeja huevas fritas de merluza y las royó. A cada bocado parecía introducir en su boca los testículos monstruosos de algún fauno capturado en los trasteros del hotel; o quizá los de Matías y Santiago, quienes los hubieran cedido a cambio del espectáculo al que habían asistido. El Ratón en estos casos se relame, se devora a sí mismo en su banquete de euforia testicular.

En pelotas está más buena de lo que yo me esperaba (Santiago).

Tiene el culo algo caído... (Matías).

Plano (Santiago).

Andrés ya no prestaba atención, Matías y Santiago aceptaban consternados hablar para ellos mismos. Todavía royendo, el Ratón buscó en sus bolsillos el librito de papel de fumar, que después dejó sobre un mostrador de mármol. Destripó un cigarrillo y quemó una piedra sobre las hebras de tabaco.

Vale, pero también tiene sus años, ¿no? (Matías).

Ya les gustaría a muchas de la tercera edad tener esas tetas (Santiago).

A mi abuela, sin ir más lejos (Matías).

El pavo se ha de poner ciego (Santiago).

Ciego (Matías).

Andrés se acercó al cocinero. Intercambiaron cuchicheos delante de los fogones que azulaban sendos culos de cacerolas. El cocinero, respondiendo al hurto que el Ratón había cometido y degustado, se movió en un intento de agredir ficticiamente al botones con un cucharón, pero este lo pudo esquivar y en el amago, derribó una columna metálica que se desparramó en bandejas por el suelo.

Vale que no te vean, pero ¿y el ruido? (Matías).

Si alguien oye ruido no es ninguna prueba para demostrar nada. (Santiago)

¿Te imaginas? (Matías)

Me imagino (Santiago).